

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

LANDINEZ CASTRO, VICENTE. *Testigos del tiempo*. Tunja, Ediciones de la Casa de la Cultura, 1967. 238 p.

No pido luz para ver muy adelante. Solo requiero lo necesario para poder dar un paso más.

JUAN ENRIQUE NEWMAN.

Y en este viento creció, creció...

RAINER MARIA RILKE

Con una portada que hace recordar una pintura de Xavier Esqueda, esto es, de un artista contemporáneo que, como Rudolf Hoflehner o Seymour Lipton en la escultura, se desvía de la sumisión a la realidad espontánea e ingresa, o al menos lo desea, en el dominio de los símbolos, Vicente Landínez —escritor y hombre “equitativo y bueno”, románicamente subrayado— acaba de publicar su segundo libro: *Testigos del tiempo*. Dicha portada parece, pues, prepararnos para entrar en un mundo conceptual donde se ventilan algunos de los nuevos contenidos y formas acumulados del mundo en este último decenio algunos de los cuales se encuentran ya corrompidos por su propio éxito, o porque se negaron a ser un constante descubrir. El caso se da por ejemplo, y expresarlo aquí equivale obviamente a rebasar el tema, cuando un escultor constructivista, transformándose en ingeniero, se limita a crear mediante cubos de madera el gráfico de una curva. O para ser más claro, estas pérdidas de capacidad de realización, que en cuanto a obras no tienen vitaminas ni microbios —si es que lo he de afirmar a tira cordel— se justifican, o mejor aún, se explican y aclaran en el hecho de que el arte es, en su ansia de hallazgo, un constante afán explorador, aunque manipule fórmulas muy conocidas —como podrían ser las de aquellos artistas que, precisamente, nos ofrecen sin arte una visión de la curva $y = ab + bx + c$.

Hay en tal portada, por lo visto, un clamor de vientos de última hora. Pero ¿los hay igualmente en las páginas por ella arropadas? Para averi-

guarlo repararemos en la *circunstancia* de Landínez. Tunja, la ciudad donde fue escrita, pensada, sentida y aun padecida esta obra, se identifica geográficamente de la siguiente manera:

Altura sobre el nivel del mar, metros 2.820.	Temperatura media C° 13	Nº de corregimientos 8	Superficie en Kms. ² 768	Población calculada para 1964 68.905
--	----------------------------	---------------------------	--	---

Ahora bien, desde Simmel el hombre tiene aprendido que la distensión o cohesión de las personas y los grupos dependen de “la anchura o de la estrechez del límite”. Así, en las grandes ciudades la vida se “masifica”, se achata a través de interminables bloques de viviendas. Y, al revés, en las pequeñas, cuyas dimensiones no han sido tocadas por el *malestar metropolitano*, ni llevadas a la extrema inmediatez del caserío, esa vida, por ser reposada y como asentada sobre sí misma, conserva su acento auténticamente humano. En aquellas cada persona de alguna significación, cada segmento profesional no alcanza a verter en la cuenca urbana sus características de existencia propia; en cambio, en estas sí. Realmente, lo definitivo de estos dos modos opuestos de ser ciudad es que la una, a mi juicio, consolida lo heterogéneo y la otra lo homogéneo. De ahí que incluso en las manías, en las melancolías y en los frenetismos, es decir, en todos esos morbos que Hipócrates creyó divinos, los hombres de una y otra se exteriorizan distinto.

Según lo que estoy pensando, la holgura vital de Tunja, debida —como hice notar— a su “estrechez de límite”, trae consigo una especial morfología social. Y, en consecuencia, diríase que quienes la visitan la pueden palpar a largo de costa. Hace algunos años escribí con otro propósito unas líneas, fungibles ciertamente, sobre Tunja; pero ahora, rescatándolas del tiempo suicida, me sirven muy bien para mostrar, en su cabal esencialidad, la *circunstancia* tunjana, en la cual quiero, esta vez, apoyar mi análisis. “Era la hora última del atardecer —anotaba entonces— y la ciudad tan pronto vaga, tan pronto clara y afilada, ya casi nocturna de luna, ofrecía una impresión de sorprendente alucinación con virtud de éxtasis recogido y penoso. Las sombras habían velado el sol y comenzaban a desleír en la calle incógnita la piedra miliar. Allá, al fondo, el silencio: símbolo presunto de la pobreza y recogimiento del vivir. Y en medio, la plaza indecisa en la bruma, terriblemente hecha de lejanía: extraño escorzo patinado de grises, de violetas, de cobrizos, entre visos negros y azules del amustiado crepúsculo. ¡Qué formidable espacio irreal! Delante, más lejos de los patios elementales y de las torres embestidoras, las maceradas tierras de los ejidos, apenas presentidas en su postrer acumulación de arcilla y con su cabal padecimiento, podría decirse exhalamiento; todas abrasadas y consuntas como si hubieran sido pasadas por el fuego. Una carne desgarnecida sobre la cual queda solo la añoranza de un imposible verdor escondido; una irrupción telúrica de ásperos mollares en una faz desollada, quemada por soles y lavada por lluvias. Nunca la materia tuvo, para mí, tanta sugestión como en aquella hora. Semejaba Tunja en ese momento el misterio patético mismo, ensoyante y suspenso. Me parece —continué escribiendo— que la estoy viendo, emergiendo poco a poco su imagen sufridora todo color y nada dibujo, de formas truncas —naves catedralicias, blasonados portalones y viejas arquerías, que una luz humilde redime ininte-

rrumpidamente. Tunja crepuscular, Tunja a la medida recoleta, silente y mansa. Luces filtradas, claroscuros... ¿Cómo diré? ¿Espejismo? ¿Perduración? ¿Poesía? Efectivamente, el ámbito de quietud en que todo conjuraba ya las sombras únicamente podía ser la vislumbre de unos instantes —¡la vida toda!— que delineaba la ciudad, la ciudad agolpada sobre sí por la insuficiente piel de sus campos”.

Acabo de valerme deliberadamente de una imagen casi irreal. O lo que viene a ser lo mismo: con ella deseo comprobar que en las ciudades como Tunja la vida se vive mitad real y mitad imaginariamente. Y, por eso, la vida social se hace en el exterior del interior de la existencia individual. En efecto, señoras, secretarias, profesores, académicos, ingenieros, médicos, clérigos, comerciantes, militares, panaderos, zapateros, albañiles, modistas, monjas, se les ve, ante todo, en su vida personal, y no, como en Bogotá, en su arquitectura esquemática y genérica. De donde resulta que la vida privada es más rica, más espaciosa, más digna de atención. Y ello, a su vez, porque esta clase de sociedades viven desde dentro, administrándose a sí mismas y repartiéndose en los comportamientos personalísimos. ¿Quiere esto significar, entonces, que no se escribe igual en una ciudad de 68.905 habitantes y en otra de 1.697.311? Sin duda. Me parecen, dentro de semejante orden de ideas, en exceso elocuentes los temas *escogidos* en *Testigos del tiempo: El Greco, pintor del alma de Toledo; Baldomero Sainín Cano, pensador y humanista; El “Diario Intimo” de Federico Amiel; Singularidad de “María”; Breve biografía del cosmético; El coloquio de las piedras; Carlos Arturo Torres; Un aspecto desconocido de Jules Renard; Itinerario y suscitaciones de la biografía; Aproximación a María Bashkirtseff; Primer apunte sobre Julio Flórez; Diseño de Juan Ramón Jiménez; José Joaquín Casas; Juan de Dios Uribe y una forma esencial de la crítica y Lisa Schoenemann, un gran amor de Goethe*. Es más: son, como tipo y *circunstancia* (1) del pensar, los mismos de su libro anterior. Pues en *Almas de dos mundos*, su salida inicial, las misiones y necesidades intelectuales las hace girar en torno a: *Las manos de doña Rosalía; La hilandera; Tres instantes de Azorín; Olga Chúmiga; Marco Fidel Suárez; La ventana de la hermana Lucía; Visión de Montaigne; Gabriela Mistral; Marcelina Desbordes-Valmore; Villa de Leiva; La novia de Vargas Vila; Una nueva recreación de Silva; Carta a una amiga de Chopín; Felicia Hemans; Cristina Rossetti; Imagen primera de Tomás Carrasquilla; La Condesa de Noailles; Recuerdos de Chopín en Valdemosá, y a La gloria del escritor*.

He aquí como reaparece la *circunstancia*, o lo que entre nosotros se llama la influencia del ambiente. Existe en estos temas, claro está, como marcándole el camino al escritor, el temperamento del autor y aún el vaivén de las fuerzas literarias del momento, si por esto último se entiende que Landínez es un “escritor honrado” —no un buscón o “sirena traficante” que maneja diestramente sus *relaciones públicas* y sus libros como *carne de negocio* y, por tanto, que sigue, desechando las novedades, sus hondas inclinaciones literarias. Mas son, por encima de todo, producto —conste que lo vuelvo a repetir con otras palabras— de la *circunstancia* dentro de la cual siempre ha vivido. “La faena del poeta es hacer, se ha dicho, comunicable a otros la experiencia de vida que constituye el poema”. Esto lo hago constar porque Vicente Landínez tiene una sobrecogida alma poética.

Y porque, redondeando mi pensamiento, me acaba de dar la razón. Pues ¿qué experiencia de esta vida nos transmite en *Testigos* —nótese, *testigo*— *del tiempo*? ¡Ah!, la que se vive en Tunja —cabalmente—. Tunja es una ciudad colombiana ajena todavía a la eficacia, la prisa y el éxito, esto es, insumisa al dios Praktikos, el de los hombrecillos que se agitan —los *hommunculus mobilis*, de Antonio Machado— y donde sus mejores hombres hablan con su alma. La intensidad de vida síquica, la finura interpretativa, el gusto, la inteligencia, la sensibilidad escapan allí al funcionamiento meramente mercantil. Y en sus estratos más privilegiados las gentes se dedican, como antes, como siempre, a un hacer de salvación (2). Lo cual, y tratándose del libro de Landínez, equivale a dos cosas: 1ª, a que estas páginas *retroviviéndose* en el pasado, buscan *sobrevivirse*, 2ª, a ser testimonios de una fe insobornable en la naturaleza humana, en la bondad del hombre. O sea en el valor, la justicia, la compasión, el honor, la dignidad, el amor. Por ejemplo: “un ser que os ama —resalta complacido Landínez, copiando a María Bashkirtseff— es justo, bueno, leal, generoso y está siempre dispuesto a llevar a cabo acciones heroicas con simplicidad”. ¿Se quiere comprobarlo todavía más? Reparad en esta frase del autor: “Las obras maestras del arte tienen el privilegio de resucitar nuestra religiosidad, de revivir el candor de nuestra adolescencia y, sobre todo, el poder regocijar avasalladoramente nuestra alma”...

De donde venimos a una conclusión inesperada tal vez. Vicente Landínez encarna al escritor de provincia, al rebelde (3) permanente contra los idólatras de la gran ciudad: contra los idólatras del trabajo por el trabajo, contra todos los taylorianos que se espantan ante las gentes que viven con calma. Y debido a ello yo, un perpetuo delincuente de las letras, apenas considero como faltas menores —*peccata minuta*, dirá algún escoliasta tunjano— sus primores formales (4), sus a veces concepciones sentimentales de las ideas, su “embrujo de los tópicos” y su creencia en la *donna angelicata*. Porque lo que importa en este libro consiste en su vocación profunda de navegar en la intensidad y no en la extensión. Solo las almas superiores pueden ir, como los israelitas en el desierto, de maná en maná.

NOTAS

(1) Por supuesto, no debe confundirse la referencia europea de algunos de estos títulos con la *circunstancia*. *Sensu stricto*, comienza por ser una mayor amplitud de tiempo. O sea una más amplia *potencialidad* temporal, dentro de la cual cada quien vierte sus *actualidades*, las cuales, en el caso de Landínez, son los temas que su temperamento le obliga a elegir: Amiel, “María”, Renard, María Bashkirtseff, etc.

(2) O acción. ¿Acción? Sí; porque “la acción no consiste en montar en bicicleta”. (M. Barrés).

(3) Ya va siendo hora de explicar la rebeldía de quienes, como Landínez, practican una vuelta del revés, completamente asordada y escondida en la provincia colombiana. Puesto que la otra, la de las autocalificadas “conciencias con temporáneas” —en verdad, se reducen a levantar altares a lo que Mannheim llama “formas de democratización negativa”, o sea al hecho de suponer que la rápida venta y propaganda de un objeto en el mercado ocasiona el nacimiento de una gran obra literaria— y las de los que les gusta hacer ruido apenas, son tantas y tan comunes que, al fin y al cabo, ya a nadie le producen los efectos que al extraordinario Sancho Panza le produjo el temeroso ruido de los batanes.

(4) Dejo a los literatos de infantería el juicio del "excelente prosista" que hay en este autor. Por esta razón: Landínez, ciertamente, es un buen prosista, "aquilatado, jugoso y diáfano", como dice en la contratapa Carlos López Narváez. Pero eso solo no se justifica; ni explica, ni le da definitiva dimensión a una obra. A mí..., no sé por qué siempre me ha hecho cavilar este verso de Charles Peguy: "Tan solo Una es carne siendo pura; pura tan solo hay Una siendo carne". ¡Nuestra gran prosa, nuestra extraordinaria tela de araña para atrapar el polvo! O como escribía la Bashkirtseff: "Una nariz... ¡Ah!, una nariz...". En diferente sentido, pues, la prosa de Vicente Landínez Castro se reduce a ser mero noble instrumento de un escritor que medita con "finura", como él mismo diría. Casi en puntilla de pies. Ahí radica, creo yo, su mérito. Nada estridente, mucho menos procaz, nos ofrece, a través del hilo manso de su pensamiento, y emulsionado, lo antiguo y lo curioso, lo tierno y lo elegante, lo cortés y lo filosófico, el diálogo y la amistad, nos ofrece, digo, aquello que el hombre tiene de dolor contenido, de paz y de callado amor. Hay, es cierto, en el libro trabajos que han debido ser excluidos: desiguales, estereotipados y huérfanos de una segunda meditación. Son el pecado de todo pensar *sugestivo*. O sea ese que a veces se recarga de nimiedades, cuando se le descuida.